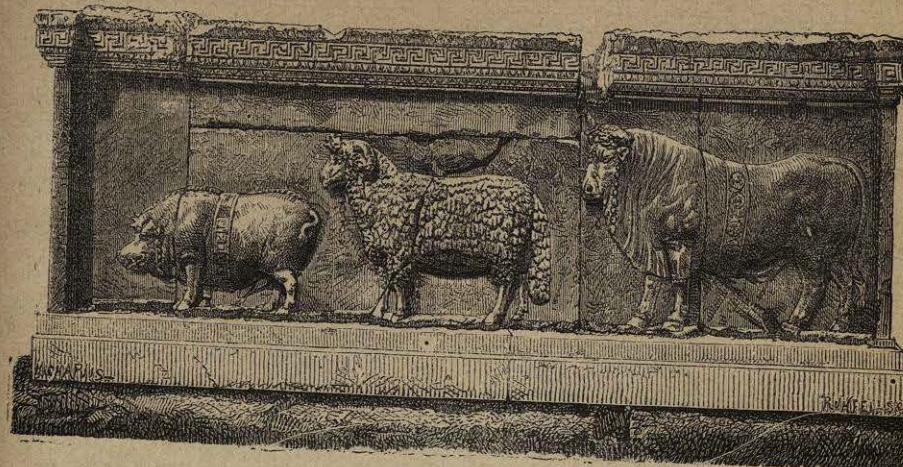


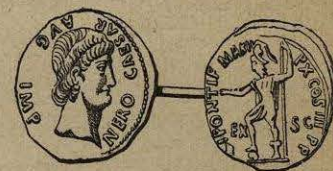
su cuerpo extinto y la escasa destreza del esbirro que le hirió. Lucano recitó los versos últimos del canto tercero de su *Farsalia*, en que pinta un soldado á quien se le huye la vida por amplias vías, inerte ya la parte inferior de su tronco, cuando aún la vida circula y palpita por su cabeza, la cual vida, muy poderosa é intensa, resiste, sosteniendo un combate la mitad del cuerpo con la otra mitad, de la cual á duras penas triunfa la muerte. Y con la última sílaba lanza también el último suspiro sin renegar un minuto del arte que le costaba la vida. Vestino daba un festín en su casa, cuando ve aparecer los sicarios, y sin pronunciar una palabra, ni proferir una queja, tiende á la espada el cuello para que lo descabecén. Con efecto, la cabeza cayó sobre su propio plato. Por temor á que reprodujera la conjura de Pisón, el César hizo apuñalar al joven patricio Silano cuando se disponía y aparejaba éste á un voluntario destierro. Petronio, el satírico, murió en la mayor calma, disertando con gracia y ligereza después de haberse abierto las venas al mandato de un esbirro imperial, y rompiendo contra el pavimento de mármol un hermoso vaso murrino para que jamás lo poseyera y usara el codicioso Nerón. La muerte de Traseas coronó todos estos horrores. Era este un ciudadano sin tachas, un filósofo sin sofismas, un orador sin retórica, un patricio sin orgullo, un hombre honrado y virtuoso sin ostentaciones ni énfasis. Nerón, ¡ah!, no podía sufrir su virtud, pero tampoco aceptar la responsabilidad de infligir á esta virtud el castigo que á un crimen. Defirió al Senado su causa, pues le acusaban de crimen de lesa majestad y de crimen de magia negra. Mientras el Senado deliberaba sobre su destino, Traseas departía y disertaba sobre la metafísica helena con el filósofo Demetrio. En el pórtico de su casa discurrían cuando le llegó la noticia de que le habían condenado los senadores, sus compañeros, á muerte. Sin abrir el senadoconsulto que decretaba su cruel suplicio, continuó disertando sobre la naturaleza del alma y las perspectivas que se le abren hacia la inmortalidad. Y concluido esto, se dió la muerte. Nunca las crueldades de Nerón habían llegado á tal extremo. Las islas se poblaron de proscritos, y muchos ciudadanos, por no vivir en aquel tiempo de horror, se quitaron voluntariamente la vida. Sólo el suicidio quedaba de refugio contra la tiranía.



CAPITULO XXIII

EN GRECIA

El daño de Nerón, patente desde los primeros hasta los últimos minutos de su vida, consistió en las desmesuradas desproporciones entre su aspiración á la gloria inmortal del artista y los medios de lograrla debidamente. Lo medido de sus fuerzas y lo desmesurado de sus ambiciones explican la crueldad proveniente del desequilibrio entre su deseo y la satisfacción, desequilibrio generador de una rabia, la cual hacía que se revolviera contra los demás en lugar de revolveerse contra sí mismo. Si naciera pobre, lograra en sucesivas experiencias convencerse del radio de sus facultades y del restricto límite hasta donde podía extenderlo. Pero, en la cumbre del mundo, rodeado por aduladores empeñados en cerrarle acerca de su mérito propio los ojos, llegó á estimarse un dios del arte, creyendo injusticia y malquerencia el inconsciente juicio de colectividades, incapacitadas del engaño individual, y sincerísimas en las tibias manifestaciones consiguientes al deseo de gloria manifestado por Nerón: que si los individuos fingen el amor siempre con dificultad, las colectividades



Aureus de Nerón

fingen siempre con mayor dificultad todavía el entusiasmo. Pudo una educación esmerada corregir la naturaleza rebelde. Mas en esto fué desgraciadísimo Nerón. Proscrito de la corte largo tiempo á causa de irremediables competencias dinásticas durante todo el reinado de Calígula; y puesto, por destierro de Agripina, su madre, á disposición de una tía, la cual poco se curaba de su pupilo, tuvo por institutores en la infancia un bailarín y un barbero. Reentrado tras la muerte del emperador enemigo bajo el gobierno y dirección de la mujer ambiciosa é implacable á quien había de deber el trono, recibió estímulos de ella para las artes con el anticipado y constante objeto de que yendo tras una corona de laurel á la continua, dejara en manos de quien le diera la vida y el imperio su corona de oro. Así nunca recibió educación de César, sino educación de músico, de danzante, de cochero, de jugador, de caballista, de retórico, de poeta, de todo aquello que procura gloria y renombre, pero no poder y fuerza. Cuanto fué la educación primera de floja, fué la segunda de cuidada. Su madre le puso al lado, como maestro de sabia elocuencia, filósofo tan elocuente cual Séneca, y como competidor ó émulo en poesía, que aguijonease sus instintos, poeta de suyo tan afluente como Lucano. A éstos unieronse los primeros flautistas, bailarines, pintores, atletas, retóricos, jinetes del mundo romano. Pero todos ellos exacerbaron la sed hidrópica de gloria y no le dieron satisfacción alguna. Su defensa de Troya no fué allende un débil ejercicio retórico, bien compuesto por un maestro de sabia experiencia y bien recitado por un discípulo de memoria feliz. Alegatos de vocero incipiente fueron las defensas de Bolonia en la tribuna y los discursos por la devolución de su libertad á Rodas. En cuanto á las arengas políticas, impuestas por su cargo y por los tenacísimos esfuerzos para lograrlo, todas nacieron del magín de Séneca. Las frases dirigidas en el instante de morir Claudio á los pretorianos; la oración fúnebre apologética del infeliz predecesor muerto á veneno; los programas casi republicanos dichos ante los senadores el día de su exaltación al trono por los soldados; las mil arengas en que defendía su gestión imperial ó celebraba sus personales virtudes; la notificación al Senado de su horrible parricidio, así como las justificaciones sofísticas de tan enorme crimen; los mismos elogios de Popea y de su hija, transformadas en diosas,

debiéronse á manos ajenas en su mayor parte, á manos tan hábiles en la composición y embutido de frases como las manos de Séneca. Cuando éste no le ayudaba, retenido por algún escrúpulo, conociase lo burdo de la urdimbre seguidamente, como se conoció en la notificación al Senado del envenenamiento de Británico y las explicaciones por la prisa en su entierro y públicos funerales. Así, en cuanto Nerón leía ó recitaba cualquier arenga, decíanse calladamente al oído los senadores unos á otros: es el bueno de Séneca quien habla, luciendo sus talentos y ostentando sus virtudes. Tal vez esta intervención activa y constante del filósofo en las arengas neronianas explica por qué no aspiró Nerón á orador con el mismo entusiasmo y perseverancia que á otros tantos oficios aspirara. Y realmente parece muy averiguado que aquí la realidad se impuso á la fantasía; y no sintiéndose dentro de sí el César con las facultades necesarias al arte oratorio, dejó tal pretensión en la penumbra de un segundo recatado término, mientras pedía con verdadera insistencia el apetecido lauro de músico, de cantante, de jinete, de actor, de poeta. Feliz arte la elocuencia, donde no caben ficciones, pues necesita ejercitarlo cada cual por sí mismo y empleando todas las facultades varias de su alma con todas las fuerzas de su voz, de su garganta, de sus nervios y sus músculos, irremplazables é insustituibles. Así, no cabiendo en las demás artes humanas la imponente realidad que impera en el arte oratorio, Nerón asaltó las otras, imaginando el cuitado que se rendiría el espíritu á su dominio é imperio como se había rendido mudamente la tierra.

No le pasó lo mismo en poesía. Sentíase con un poco de lumbré poética en su mollera y la tomó por todo un sol esplendente. Componía con facilidad, y con mayor facilidad aún alcanzaba el asentimiento de un auditorio compuesto por los pocos maestros que hay en todas las artes y por los muchos aficionados. Mas con sólo pararse un poco á meditar sobre los escasos fragmentos de poesía neroniana guardados en la memoria pública y sobre las noticias relativas al ejercicio de tal arte por Nerón, descúbrense las cooperaciones y auxilios prestados á quien de modo ninguno podía crecer en la soledad, que tanto ayuda de suyo al genio verdadero. Muchos de los antiguos cronistas declaran haber tenido en sus

manos las tablillas de cera donde Nerón depositaba sus inspiraciones, como depositan sus mieles regaladas en el panal transparente las laboriosas abejas. De tales observaciones transmitidas por la historia imperial, se deduce que Nerón por su propia mano trazaba las composiciones poéticas, trazándolas con esfuerzo y corrigiéndolas con rectificaciones múltiples, no sin que alguna mano hábil, pero extraña, introdujese allí su estilo, completando lo incompleto y escribiendo lo necesario. Las dos tradiciones trágicas en que puso sus cinco sentidos toda la vida, fueron *Orestes* y *Antígona*. Tal devoción les tuvo, que compuso con empeño sobre ambos dos tragedias, á pesar de haberlas trazado antes dos genios, como Esquilo y Sófocles. Se necesitaba ser loco de remate, como lo era Nerón, para pasarse la vida contemplando al parricida Orestes, quien había como él matado á su madre, aunque por amor al padre y no al imperio, circunstancia esta última en la cual mucho le aventajaba y le vencía el modelo, reo de un crimen idéntico á su crimen. El teatro antiguo tenía mucho de litúrgico, y como tenía mucho de litúrgico el teatro antiguo, nada tan propio como que Nemesis, la Justicia, fuera en sus escenas como la protagonista, infligiendo castigos y recompensando méritos, según las obras y las acciones de cada cual en el mundo. Así nada tan incomprensible como que prefiriese argumentos animados por la expiación, cuando tenía él tantos crímenes que pagar, predilección sólo explicable, ó por la presencia continua, ó por la ausencia completa en él de los remordimientos. Electra plañe la muerte de Agamenón, su padre, como el ruiseñor despojado por aleve capricho del nido en que pían sus hijos. Y mientras ella, la infeliz, alimentada como una perra, puesta como un andrajo en el vestíbulo de su palacio de Micenas al aire, vestida como una esclava de burdo sayal, va plañéndose, yace la madre con el asesino de su padre, traidoramente inmolado éste, y roto como un roble partido por el hacha en dos, sobre la cama nupcial de Agamenón. Virgen Electra, se subleva contra el adulterio de su madre; hija Electra, contra el asesinato de su padre. La criminal viuda de Agamenón se llama Clitemnestra. Su hija, siempre que la ve ante sus ojos, despide gritos de águila que atisba su presa, y le dice cómo aguarda venga el hijo mayor de la parricida, el esperado fuerte Orestes, en un relámpago celestial, á la ven-

ganza del padre, que no yacería invengado si ella fuese varón y tuviera fuerza para dar el golpe decretado por la justicia, es decir, por la eterna Nemesis. Al fin el aguardado en los relámpagos cae sobre la escena como un rayo y mata seguidamente á su madre, con la fría indiferencia que un sacrificador la víctima presentada en el ara de los dioses. ¿Cómo Nerón ha podido gozarse resucitando un crimen mucho menor que sus crímenes si tuviera conciencia? ¿Y qué diremos de Antígona, el modelo de madres y hermanas y novias, conduciendo á su padre ciego Edipo resignada y sacrificándose por sus hermanos Eteocles y Polinice? ¡Miradla! Bien puede un viejo palacio de monarcas ofrecerle vivienda, una corte fastuosa ostentación y lujo, los hermanos queridos parte de la corona heredada, un héroe de regia sangre su corazón y su nombre. Antígona compendia en sí todas las virtudes propias del sexo á que pertenece; y sólo ve á su padre infeliz en el mundo, porque sólo su padre necesita los afectos más vivos y los calores más ardientes de su alma, la compasión y el consuelo. Miradla joven, bella, pura, en la primavera de sus años, con el esplendor de su raza y con los timbres de su familia; miradla triste, pobre, descalza, el cabello tendido sobre sus hombros, las pupilas vueltas hacia los huecos ojos de su padre, mendigando el mendrugo diario á la limosna del viandante, y recorriendo la tierra en busca del último asilo guardado á la desesperación, en busca de la muerte. Ningún pintor cristiano ha sabido trazar una imagen de la piedad semejante á la figura de Antígona, convertida en báculo yerto y pasivo bajo la trémula mano de aquella sombra inocente y maldita que se llama Edipo. Delante del grupo formado por hija y padre va la fama gritando: «¡Parricidio! ¡Incesto!» Y en torno suyo se dilata el desierto; pues, al descubrirlos, húyelos en desatada carrera la gente, por no contaminarse con su desgracia y por no participar de sus maldiciones. El perro hidrófobo, apaleado por todo el mundo, sufrirá cuantos dolores materiales se quiera, mas no este horrible dolor moral de las afrentas, privativo del género humano, por causa de su conciencia y de su alma. He aquí por qué nos conmueve tanto la sublime figura de Antígona, porque personifica las esenciales virtudes propias de su sexo, y porque muestra cómo permanece la naturaleza femenina perpetuamente bajo la sobreposición de ins-

tuciones varias y de diversos estados sociales, idéntica por completo á sí propia, y mucho más idónea que la naturaleza varonil ó masculina para la compasión, para la caridad, para las grandiosas expansiones del alma, para el sentimiento, verdadero calor de la vida y agente cuasi divino de todos los sacrificios y de todos los heroísmos, que no se disminuyen y endulzan entre las violencias, las cegueras y los estremecimientos del combate, sino que apelan á la resignación y se conforman con dolores apenas soportables por delicadas y débiles naturalezas. Sófocles ha engrandecido y hermo-seado todas estas virtudes, tiñéndolas de los esmaltes del genio y brillantándolas en el engarce de sus inmortales tragedias. Al poco tiempo de aquel holocausto piadosísimo, la misma inflexible fuerza del destino antiguo se resiente y cede á la misericordia. Lo verdaderamente trágico en este grupo sublime de hija y padre, por todas las afrentas heridos y por todas las inclemencias del cielo probados, es la estrella esplendente y espiritual puesta sobre sus sienes y compañera de su peregrinación, la estrella de su inocencia. Y así, una voz compasiva les dice que después de haber errado tanto tiempo, clavándose todas las espinas de aquel su camino sembrado por zarzas y abrojos, obtendrá, como único ya posible consuelo, aquel infeliz maldecido por los hados, muerte y sepultura. Mas para esto se necesita que lleguen al sitio donde residen las Euménides. Hijas predilectas de la naturaleza y habitadoras de los bosques, traen á los desgraciados el consolador lenitivo de un sueño perpetuo dentro del sepulcro. Cerca ya del sitio compasivo y hospitalario que habrá de matar al triste, levántase airadísimo el viejo rey de Tebas, y dice que sus crímenes terribles no se deben á la voluntad y á la conciencia íntimas suyas, sino al hado, que se los ha impuesto con fuerza, y que, al imponérselos forzosa y violentamente, le ha, por su desgracia, hecho criminal é inocente á un tiempo. El humano albedrío se levanta en la persona del viejo Edipo, y protesta contra todos los empeños y todos los empeñados en imputarle la responsabilidad inaceptable de las fatalidades que bajan del universo entero sobre la misérrima y débil criatura. Nada tan bello como el arribo de Antígona y Edipo al valle de Colonna. Los más hermosos caballos del Atica van por allí errantes sin freno ni montura; los ruseñores gorjean bajo la obscura

hiedra entrelazada con guirnaldas y pámpanos, con flores y frutas; por el suelo, cargado de rocío celeste, se juntan los narcisos que coronaran á los antiguos dioses con los pistilos del azafrán rojo y dorado; el olivo de glaucas hojas se mezcla con las adelfas inmortales; y mientras Baco ríe seguido por sus ninfas exprimiendo el racimo en la cuba y cantando las embriagueces de la vida, bajo las azules ondas cercanas que besan las arenas áureas, laten las Nereidas sacando sus frentes ornadas por algas, corales y perlas, entre las ondas brillantísimas por el resplandor de un cielo siempre luminoso y siempre sonriente, como reflejo de las hermosuras contenidas en este singular valle de Colonna, henchido y rebosante de alegría. Y al llegar allí, la plegaria de Antígona se ha oído ya en el cielo, y sus lágrimas de tal suerte se han condensado sobre la fatalidad, que han podido vencerla y redimir al ciego irredimible. Sí; una vez llegado al bosque de las piadosas Euménides, los oráculos, implacables enemigos del viejo Edipo, le dicen que su muerte será una felicidad para la tierra donde suceda, y que sus despojos llevarán á los campos que acierten á contenerlos y á las ciudades que se les avencinen próspera y benéfica suerte. Al saber esto, al saber cómo aquel hombre perseguido por los hados va pronto á convertirse de suyo en redentor, los pueblos, que lo maldecían y lo rechazaban, se disputan todos con la posesión de sus restos la gloria de su apoteosis.

¿Sería posible que Nerón arremetiese con tal hermosa leyenda, si no estuviese, repito, rematadamente loco? Recordar las desgracias de Orestes, cuyo nombre mil veces le habían sus enemigos lanzado al rostro únicamente para herirlo de muerte, traer á la escena el tipo celestial de Antígona, cuando, como entenado, consintió en la muerte del padre Claudio, donador de su corona; como hermano, envenenó á Británico, no satisfecho con haberle desposeído del poder y del derecho á la sucesión en el imperio; como marido, mató con la espada del verdugo á su primer mujer, Octavia, y de un puntapié en el vientre á su segunda mujer, Popea; como hijo asesinó á su madre. ¡Oh! Demostraba su demencia. Pero se había empeñado en alcanzar el nombre de poeta, y le sonaban sonoros á su oído preparado por el amor propio versos que á la generalidad le parecían gárrulos é incoloros, imágenes tan vulgares como la que sigue: «A cada

movimiento del ave á Cyteres consagrada, arrebolábanse las plumas de su cuello.» Nerón se sumergía en una especie de contemplación estética, y se declaraba en dementes arrebatos el primero de los poetas á sí mismo. Pero no participaban de su opinión las gentes, y como al oírlo muchas veces se sonrieran y burlaran, decretaba en sus desquites muerte irremediable á quienes le maltraían y emponzoñaban la vida. No podía en su presencia y en sus conversaciones con él mentarse á ninguno de los animales conocidos por poco inteligentes sin que se ofendiera y se alzaprímara. Quiso matar á Persio por haber mencionado en sus versos las orejas del rey Midas. Y él, en cambio, las echaba de satírico. Y en sus sátiras aparecía muy acerbo. Sucédiale naturalmente lo que sucede á todos los malvados: como conocen el crimen cual nadie lo ha conocido, pintan el crimen cual nadie lo ha pintado. En su inconsciencia de loco vejaba el cuitado al pobre Afranio por viciosísimo. La muerte de Lucano se decidió en los consejos de su conciencia el día horroroso en que Lucano escribiera con su *Orfeo* un poema superior á cuantos escribiera Nerón y se penetrara éste de la incontestable superioridad. Así trazaba versos y más versos á roso y belloso. Lo mismo cantaba el camino de Anfitrites en retorno al claro palacio de su divino esposo Neptuno, bajo las aguas rodeado de lustrosos y saltadores delfines, que la carreta donde Leucotea ponía los lienzos lavados por ella en los clarísimos arroyos de su isla. Para que nada faltase á sus atrevimientos, pasósele por las mientes una idea muy rara: poner en verso toda la historia de Roma. Cuando sobre tal argumento se habían calcado poemas tan leídos como la *Eneida* de Virgilio y los *Fastos* de Ovidio; cuando contaban los romanos en este género una obra como la del inmortal Paduano, historia semejante de suyo á un poema, Nerón quería extender el imperio de su genio hasta sobre las generaciones muertas y evocar al conjuro de su inspiración todos los inmortales héroes de su patria. Aquí encaja como anillo en dedo un recuerdo que pinta dónde ponía Nerón sus ambiciones poéticas. A todo el mundo dirigía preguntas acerca de la extensión y naturaleza del ideado libro. Entre los escritores más competentes de aquel tiempo contábase uno conocido con el nombre de Cornuto. Y como le preguntase un día el emperador acerca del tiempo que necesitaba para

componer tan magna obra y del número de libros que debían componerla, exclamó: «Has menester más tiempo que toda la duración de tu vida; y si quieres tratar con la extensión debida tamaña materia, unos cuatrocientos libros.» Nerón mandó matar al irrespetuoso, y por un rasgo de piedad, conmutó la última pena en destierro perpetuo. Como cantante, la voz correspondía con su inspiración como poeta, débiles ambas. Sus enemigos dicen que hacía llorar cuando tiraba con empeño á hacer reír y que hacía reír cuando tiraba con empeño á hacer llorar. Sus amigos dicen que al mismo tiempo soplabá y sorbía; pegaba risa y llanto á su auditorio, bien ó mal de su voluntad. Pero con esto y con todo, importunaba el cuitado al público á la continua y recogía coronas á granel. Mas no le bastaba esta cosecha en Roma; para él estaba en Grecia el campo de la gloria inmortal. Allí el templo de Apolo en Delfos, el fuego sacro en Olimpías, las nueve musas en el Pindo, las carreras de caballos esculpidas por Fidias, los premios cantados por las odas pindáricas en las carreras de carros, el apetecido laurel de Dafne por los arroyos y las claras aguas del Céfiso de que deseaba llenar su vaso murrino para convertirse de veras en una divinidad.

Los romanos sometieron á los griegos por la fuerza de sus armas y los griegos á los romanos por la fuerza de sus ideas. La captada Grecia captó á sus captadores. Así ninguna provincia les importaba como estas helénicas. Las gobernó el Senado en la república, y en el imperio los césares despojaron de tan glorioso gobierno á los senadores. Comenzó tal obra el astuto César Octavio y la completó el astutísimo César Tiberio. En su sabia política removió este último poco los gobernadores nombrados por el antecesor. Esta inmovilidad en él contrastaba con la movilidad senatorial y le atraía partidarios. La nobleza, incapacitada de comprender esta política, la tachaba de muy envidiosa, creyéndola en su odio al género humano resuelta por no aumentar los dichosos, ó de muy perezosa por no hacer en su indolencia nuevos nombramientos. Recelaba Tiberio de los buenos por amor á su seguridad y de los malos por amor á la seguridad del Estado. Investía un patricio célebre con estos gobiernos, y si le daba la tentación de servirlos, reteníalos en Roma, demostrándoles cómo les había dado un honor y no un cargo. Prefería los enriquecidos á los necesitados, y á los

hambrientos voraces los ahitos satisfechos. Claudio devolvió al Senado la infeliz Acaya, mas recomendándole justicia por amor á la ciencia. No obstante haberse decidido los destinos del imperio en Grecia, ningún emperador la visitó adrede y por honrarla. Unicamente un príncipe de la sangre cesárea, Germánico, abuelo materno de Nerón, pasó allí algún tiempo de camino á Oriente. Lo que más fijó su atención, cual á un soldado cumpliera, fué aquel célebre golfo de Accio, donde venció al brutal Antonio el fino Augusto, cuyos trofeos de triunfo aún resplandecían en las playas. Mas no quiso irse de ningún modo al Asia sin visitar Atenas, en cuyo seno entrara, por culto á ciudad tan divina, precedido de un lictor tan sólo, cual si prefiriera el título de ciudadano en un pueblo libre al título de príncipe y general en un imperio esclavo. Pero no entró con buen pie Germánico en Atenas. El receloso Tiberio aprovechó aquella coyuntura para perseguirlo y aquella ocasión para envenenarlo. Díjole cómo Atenas entonces no estaba compuesta de atenienses legítimos, sino del rejujo de la humanidad, nunca bien legitimado, y recordándole cómo se alió este rejujo con Mitrídates contra Sylla y con Antonio contra Augusto, hizo de sus homenajes á tal pueblo un delito de lesa majestad. Germánico amó á la dulce Atenas por culto á la república, y este culto merecía en concepto de Tiberio la muerte. Un año después de su visita murió el padre de Agripina, envenenado por un esbirro de Tiberio. Calígula no pudo ir á Grecia en persona, pero sí llevarse de Grecia los mejores simulacros y estatuas. El Júpiter Olímpico se quedó en el sitio donde lo colocara Fidias por no haber encontrado arquitecto que lo removiera de aquel ara, ni jornalero que ayudase á la remoción. Aunque Nerón concluyera el despojo de obras artísticas para ornamento de su áurea casa en Roma, como á cada instante llamara conocedores únicos á los griegos en música, correspondíanle á una éstos, diputándole comisionados que le ofrecían el premio de los certámenes y cuanto laurel pudiera crecer en aquel suelo y cuantas coronas tejerse por aquellos dedos que habían convertido los mármoles en dioses. No se lo dejó decir muchas veces, y tras tantos y tantos infortunios como lo habían probado y malherido; tras el incendio de Roma, en que apareció como un exterminador; tras la muerte de Agripina, en que apareció como

un Orestes; tras la inmolación voluntaria de Octavia y la involuntaria de Popea; tras aquellas conjuraciones, en cuyos incidentes no le quedó más refugio que un encierro y reclusión dentro de sí mismo, puesto que todo cuanto en Roma lo circuía le hostilizaba, corrió á Grecia, como un artista en vacación, requiriendo de su hermosa emociones nuevas que agitaran su pecho y encendieran su entusiasmo, juntamente con un teatro apropiado á sus ejercicios como atleta, y á sus porfías como cabalgador, y á sus obras como trágico, y á sus arengas como retórico, y á su voz como cantante, y á sus relieves como artista plástico, y á sus inspiraciones como poeta.

A fines del año sesenta y seis partíase de la ciudad el emperador, no en servicio y gloria de su corona, en servicio y gloria de su vanidad; no en afirmamiento de su poder político, en afirmamiento de su renombre literario; no para domar los pueblos bárbaros como un gran general, para disputar los premios artísticos como un histrión, precedido por los cinco mil augustales organizados para exaltarle y aplaudirle; rodeado de una corte compuesta por cómicos y bailarinas y atletas y músicos y maestros de gladiadores; asistido de un ejército á la verdad tan fuerte y numeroso que hubiera podido conquistar las Indias, como el ejército de Alejandro, si llevase catapultas, picas, puñales y espadas, en vez de llevar cítaras que adormecen, disfraces que humillan, flautas que recrean, arpas que encantan, caramillos que afeminan, bufones que encanallan, máscaras para ocultar el rostro, los instrumentos artísticos, buenos cuando expresan el ideal, pero pésimos cuando se juntan para servir los embustes y farsas de un criminal tirano. Grecia suspendió todos los juegos usuales en su religión y en su Estado decretándolos para el año de su arribo, aun los centenarios, con el resuelto propósito de facilitar la presencia del emperador en todos ellos y las opciones al premio con detrimento del antiguo derecho religioso y de las viejas históricas liturgias. Nerón, sin embargo, decidió descartar dos ó tres sitios de Grecia por motivos de alguna congruencia con su historia y reveladores del grande número de remordimientos que se le metían en el corazón y le adoloraban el ánimo. Borró Esparta del itinerario por creer aquellas santas leyes, que realzó el sacrificio de Leónidas, desacatadas por su pre-

sencia; borró Atenas por hallarse próxima del bosque de las furias, que asaltaron á Orestes tras la terrible inmolación de su madre; borró Eleusis por no escuchar al ingreso en sus misterios el grito terrible «¡fuera de aquí los impíos!» resonando como un mandato de severa expulsión en su conciencia. Y entretanto, el pueblo y el Senado de Roma ofrecían todo género de votos al cielo para el debido logro de los deseos y aspiraciones del César. Hacíanse rogativas populares por calles y plazas en ruego á los dioses de sus premios; votaban los patricios áurea estatua con peso de mil doscientas libras, que pudiera emular las estatuas más ricas y colosales de Apolo; morían á manos del verdugo unos patricios, hijo y padre, porque ostentaban el nombre de Píticos, heredado de sus abuelos, y precisaba que tal nombre únicamente lo pudiese llevar Nerón. Por su parte daba el emperador á la correría los aspectos varios, ora de una procesión gigantesca, en que desfilaba un ejército de sacerdotes; ora de una función dramática, en que los actores eran pueblos y el escenario una región entera y el asunto un poema; ora de una farsa continua, en que los dicharachos y los títeres y los juegos de manos y los escamoteos se juntaban á entremeses burlescos y farsas ridículas; ora de una carrera hípica, donde competían jinetes y carros; ora de un baile inmenso como los litúrgicos usuales en las antiguas religiones; ora de una bacanal en que ardían las antorchas sacras y sonaban los evohés provocativos y reboaban las copas llenas de mosto y los bacantes de uno y otro sexo bailaban en un regocijo rayano con la demencia, presa todos de un delirio cuyos efluvios parecían pegarse á las cosas inanimadas, las cuales todas se estremecían á los ecos de las canciones y á los saltos del baile. Dondequiera que había una particularidad, señalábala él con una extravagancia. Como le dijeran que no se había encontrado fondo en la misteriosa laguna de Alción, echóle una cuerda larga de un estadio con plomo al cabo, la cual confirmó lo dicho, y una vez de ello cerciorado, mandó la celebración de una espantosa orgía en honor de Baco. A los tespios, que poseían una estatua del mérito por todos reconocido en el Amor de Praxiteles, robóles tan bello simulacro, dando en cambio á la Juno de Micenas una diadema de oro y un traje de púrpura. Pero en cosa ninguna se conocen los desvaríos del cuitado como en sus proceder con el

maestro de baile Paros. Túvole á su lado toda la vida. En sus lecciones aprendió cuanto en materia de danzar él sabía. Enseñóle á moverse al compás de la música y de sus instrumentos, á mover cabeza y brazos y pies con regularidad verdadera y en acompasadas cadencias, á saltar en la bacanal como un sátiro y á marchar con todas las solemnidades y todos los respetos de un sacerdote penetrando en los viejos templos; enseñóle, digámoslo de una vez, á bailar toda suerte de bailes, desde los militares hasta los religiosos. Nerón estaba contentísimo de su arte propio en Roma é iba en todos los espectáculos de tal arte siempre acompañado por su maestro favorito, creyéndose un maestro él mismo. Pero cuando fué á Grecia y pudo cerciorarse de que había secretos en la danza no revelados á su persona, gestos y actitudes por él desconocidos, figuras nunca vistas en su enseñanza, llamó á Paros, le riñó con terribles insultos, dándole con su malicia en rostro, y lo mandó desollar como reo de lesa majestad.

El sitio que naturalmente llamaba sobre todos los sitios aquellos la móvil atención del emperador era el designado por la nacional religión para templo de Júpiter Olímpico en la deliciosa región del Alfeyos. A Olimpiadas reducían los griegos sus anales históricos, y al amor de aquel templo celebraban las juntas que sabían extraer el universal espíritu helénico de todos aquellos pueblos varios y desligadas ciudades. Ningún edificio podía competir con el Partenón del Atica como éste del Alfeyos. Dórica su arquitectura y por ende severa; de mármol negro su pavimento, festonado por listas blancas, brillante como greca de clarísimo vidrio y entreverado de mosaicos, cuyas piedras se combinaban para componer con los naturales colores suyos los genios del agua y del aire y del fuego, de todos los elementos; con un hermoso triángulo por frontón, entre las líneas del cual se contenían florones dorados y trípodas airoas y la victoria con alas; de un peristilo preciosísimo, que componía mágico intercolumnio con aquellas fustes erguidas como troncos de cedros seculares; con un vestíbulo cubierto de alabastro resplandeciendo como nácares y madreperlas; contenía el tal templo al Júpiter modelado por Fidias en emulación y competencia consigo, pues sólo sus obras podían ser de sus obras rivales; Júpiter, asentado sobre un trono de negro ébano con multicolores pe-

drerías en él embutidas, el pecho y los brazos de marfil, las negras pupilas de zafiro, encerradas en ojos de brillantes, áureos los rizos del cabello y barba, en la derecha mano una estatuilla hermosa y en la izquierda un cetro de metales valiosos, parecido á un rayo fulminante; la túnica también áurea con esmaltes de flores naturales tan bien imitadas que parecía percibirse la campestre fragancia, y en las líneas del rostro una sublimidad tan alta, reunida con una gracia tan armoniosa, que lo tomaríais por la esencia divina revelada y visible, irradiando con la bondad y el amor de toda su figura los resplandores de la más entera y más estricta justicia. Delante de tal simulacro extraordinario tenía Nerón que intentar cosas extraordinarias también. De allí necesitaba extraer un premio y un lauro que lo pusiesen al nivel de Júpiter mismo en el concepto de los hombres y de los dioses. Tenía, pues, que ponerse á tan grande altura que reviviera Píndaro á cantarle sus glorias y Horacio á traducir en clásico latín los loores de Píndaro. Las férvidas arenas del olímpico estadio relumbraron cual en cielo clarísimo de una estival noche las brillantes vías lácteas. Los bosques de olivos, entrecortados por columnas de mármol pentélico, se perdían á la vista y rebasaban los límites del horizonte sensible. Nunca en su vestíbulo se aglomerara tanta gente, ni en las vecinas dependencias tantos cocheros y carros. Los griegos creían que deseaba el emperador contender de veras é iban solícitos á disputarle sus palmas. El pórtico, precedente al estadio, tenía forma de nave y entraba en el circo cual una proa en el agua. En esta proa brillaba un delfín de bronce dorado; delante del áureo delfín un águila con las alas abiertas. Por medio de un resorte subía el águila en raudo vuelo á lo alto y bajaba en pesado descenso el delfín á las aguas. Tal subida y tal bajada servían á designar el comienzo de aquella grande competencia y la entrada en liza. Los diversos estadios de aquel hermoso hipódromo estaban sembrados de obstáculos que detenían á los tímidos y espoleaban á los valerosos. Aparecía primero el temido altar de Taraxippo, que sembraba un pánico terror misterioso en los competidores y concurrentes; luego seguía la tumba del pastor Endimión, á quien Diana diera, cierta encantadora noche, hallándolo dormido en el bosque, con sus rayos argénteos, un casto beso; acabábalos una colina como de coral, por lo rosácea, que

también enardecía ó espantaba los caballos y los jinetes comprometidos en la famosa competencia. Nerón montaba un carro, del cual iban tirando diez caballos. Azotólos con suma gracia y corrieron al azote con suma celeridad, semejando por el brillo etéreo de la carroza un dios envuelto en un relámpago. Todo parecía someterse á su voluntad, cuando, llegados al primer obstáculo sus caballos, se asustaron y encabitaron y desbocaron, despidiéndole como una flecha y arrojándolo sobre las férvidas arenas. Volvió á subir, en su deseo de acabar la carrera; mas las sacudidas fueron tan violentas y tan indómitos los brutos, que lo arrojaron de nuevo por tierra. Tuvo que declararse vencido; y sin embargo, sus aduladores le concedieron el premio, más espantados que los caballos mismos en su desboque, al considerar cuán insuperable obstáculo para ellos hubiera sido el enojo é ira de Nerón.

No podía éste dejar de asistir á Delfos. El dios á quien más él se asemejaba era el dios Apolo, cuyo manto se había puesto sobre los hombros á la continua y cuya lira llevaba en las manos y cuyos rayos en las sienes como esplendente aureola. El sol, representado por divinidad tan hermosa; las cuerdas sonoras de su áurea lira; el manto parecido á los arreboles del ocaso y la túnica también análoga con los argenteos del alba; las palomas, por Júpiter expedidas á señalar el centro de la tierra, que se posaron en la solfatara de donde surgieron aquellos azufrados vapores que sugerían una inspiración desordenadísima, en la cual iban encerrados anuncios y presagios de lo porvenir; la trípode, por Hércules disputada, sobre la cual se ponía la Pitonisa para decir sus oráculos; las ideas invisibles, por aquellos aires diluídas, y el coro de bellas estatuas, alzado en su campiña, gozaban de tantos privilegios y trascendían á tal prestigio, que no pudo excusarse Nerón de visitarlos y dejar en ellos su indeleble huella.

Pero tuvo acogida bien contradictoria que le movió á bien opuestas resoluciones. En los primeros días de su estancia el oráculo se mostró muy propicio con el emperador y éste muy manirroto con el oráculo; mas como cambiase al poco tiempo y le llamara Orestes, nombre perseguidor de su conciencia y de su vida, enfurióse Nerón hasta perder la cabeza, y para vengarse compró el campo círrico, tierra sacra dependiente del templo, y arrojó á la sima de

donde partían las respuestas oraculares varios condenados á muerte, para que sus podridas carnes y su sangre venenosa extinguiesen la virtud sublime de aquellas exhalaciones litúrgicas. En Corcira, isla del mar Jonio, llegóse á Casiope, donde vestido con traje teatral, acompañándose con la cítara, cantó lo que llamaríamos hoy un aria entre forzados vítores y aplausos. Mas el principal hecho político de su viaje á Grecia fué una declaración solemne de libertad completa dada por sus heraldos en voz alta y dicha en aquellos juegos ístmicos, á los cuales iba reunido el recuerdo de los anfictionados inmortales. Y si este fuera el primer hecho político, el primero en otro género de ideas fué aquel rompimiento y apertura de la lengua ístmica en Corinto, que no ha olvidado la historia. Píndaro le llamaba en sus *Istmicas* un puente sobre los mares echado por los dioses. Tal estrechísima lengua de tierra embarazaba mucho la navegación en aquellas costas, separando las bahías de Corinto y Atenas. Mientras los navíos fueron pequeños, trasladábanlos del uno al otro mar valiéndose de una vía mecánica, la cual se llamó Delios; pero así que crecieron los navíos, tan fácil y sencillo medio se inutilizó completamente. Dos veces quisieron abrirlo en tiempos anteriores gentes poderosas, y dos veces marra- ran sus cálculos al temor de una inundación que sumergiese la hermosa Egina y de supersticiones las cuales anunciaban desgracias sin cuento á quien pusiera mano en tan temerario empeño. Así que Nerón vió aquellos sitios consagrados por cien sacratísimos recuerdos, empezó la obra, designando el día de la inauguración solemne- mente y por sabio rescripto. La noche anterior á tal fiesta durmió en una tienda, cuya magnificencia recordaba el oriental esplendor y lujo de los persas en las orillas del Granico. Salió de la tienda vestido en traje sacerdotal y saludando en cánticos acompañados con el arpa á los dioses marinos protectores de aquellos lugares. El gobernador aqueo le presentó una paleta de oro, y con ella echó tres paletadas de cal en un hoyo y luego tres capacillos de arena llevados sobre sus augustas espaldas. Luego dirigió un discurso á los jornaleros, persuadiéndolos á trabajar con ahinco. Los condenados á muerte por todos los tribunales del imperio, los judíos que había expedido Vespasiano en número de diez mil desde Jerusalén, una porción de desterrados políticos trabajaban allí. El filósofo

Demetrio, compañero de Nerón, refiere que halló á su colega en profesión Muzonio trabajando, y como se doliera de su miseria y de su faena, díjole con humildísimo acento el desgraciado: «Prefiero cavar la tierra en el istmo como un esclavo, á tocar la flauta en el teatro como un Nerón.» Los presagios de que todo golpe asestado al istmo traía consigo un infortunio aparejado se cumplieron; y cuando acababa Nerón de inaugurar los trabajos, llególe un emisario de Roma notificándole cómo se veían relampagueos siniestros de conjura en el horizonte y á lo lejos sonaba el trueno augurando la guerra civil. Nerón mandó inmediatamente suspender los trabajos y se puso en cobro para destruir y conjurar aquellas amenazas. Sirvióle de pretexto á tan súbita resolución el temor, no tomado por él en cuenta cuando comenzara la obra, de que podría caer el mar Jonio sobre el mar Egeo, entrando con tal violencia en el golfo de Salamina que destruyera los islotes por allí diseminados en tan hermoso archipiélago. El retorno á Roma fué solemnemente anunciado. Los enemigos romanos de Nerón se conmovieron, temblando por sus vidas, al verlo venir malherido por la interrupción del viaje, amargado por las conjuras; y llenaron el aire de regocijados gritos y jubilosos vítores, llegando á decretar los senadores más hostiles al César tal número de fiestas en acciones de gracias á los dioses por el regreso, que no hubieran podido celebrarse ni en todo un siglo.